

## EUGENIO VEGAS: DEBER Y SERVICIO DE LA POLÍTICA

POR

MIGUEL AYUSO

SUMARIO: I. Evocación. II. La dignidad de la política. III. la importancia de la política. IV. La política, un deber. V. Eugenio Vegas y la vocación política. VI. Conclusión.

### I. Evocación

Cuando algún hecho que sale de lo ordinario nos enfrenta con lo que ha sido nuestra vida, la mirada siempre termina por centrarse en todo lo que nos ha sido dado, en lo que hemos recibido. Es la verificación psicológica de la verdad que expresaba un autor por el que Eugenio Vegas Latapie sentía una gran admiración, Jean Madiran, al decir que la comprensión cristiana de la civilización sólo podía intentarse en la perspectiva de la piedad.

Y, efectivamente, por mínima que sea la reflexión sobre nuestro caminar por la vida, un dato que se impone con caracteres de necesidad es la situación de insolvencia radical del hombre, de todo hombre, deudores como somos de muchas personas a las que nunca podremos saldar el débito.

Los conceptos por los que cada cual es deudor son variables: los padres que imparten las lecciones de ejemplo en la escuela de la vida que es el hogar; la patria que nos hace ser como somos, que nos ofrece un estilo que trasciende lo racional; los maestros que al transmitirnos sus hallazgos en el culto austero de la verdad, son la soldadura de la tradición con el progreso.

No reconocer la trascendencia en cada una de las existencias individuales de estos factores es empresa solamente calificable de

impía. No dejar de agradecerlos no es más que signo de buen nacimiento.

En esta hora en que Eugenio Vegas Latapie se ha ido silenciosamente, estas son las primeras reflexiones que me brotan del dolor todavía caliente. Porque en una hora en que muchas trayectorias se tuercen, el conocimiento y trato de un grupo de amigos reunidos por la perseverancia de Eugenio y por la generosidad de Juan Vallet, pusieron en mi vida un punto de luz en el vislumbrear de la vocación personal y un apoyo firme para el mantenimiento en el servicio a las más altas causas. La vocación, sí, es obra de Dios, mas en su fructificación tienen que ver los hombres.

Pero lo anterior vale poco. Es, si acaso, necesario, porque creo que expresa el sentir de quienes somos —sin merecerlo— sus discípulos. Lo que cuenta, en cambio, es la deuda que España tiene con quien le ha dado tanto sin pedir nunca nada.

Por encima de desahogos personales, lo que es imborrable es una trayectoria política rectilínea. Entre el joven que armado de tenacidad consiguió que Maeztu, Pradera o Calvo Sotelo, por citar algunos de los más limpios políticos y escritores de los treinta, formaran un equipo intelectual capaz de alumbrar una España nueva desde la Covadonga de *Acción Española*, y el anciano que ha dictado sus *Memorias* con una lucidez, una serenidad y una memoria —y no es redundancia, cuando la debilidad de tantas muestras del género es precisamente la falta de la misma— fuera de lo común, hay una coherencia tan perfecta que es el secreto de su indestructibilidad: el cumplimiento perseverante y sin desmayo de una vocación que columbró todavía niño y que con la ayuda de Dios no ha dejado de dar frutos abundantes hasta el final.

\* \* \*

Precisamente, en lo que sigue, voy a centrarme en el quehacer político de Eugenio Vegas, dividido desde el prisma de la vocación. Planteamiento sin duda muy cercano al núcleo de su pensamiento y que viene a resaltar lo que, en definitiva, fue el motivo

central de su vida. Y planteamiento también de ricas consecuencias para la consideración general y doctrinal del tema de la vocación política.

La primera afirmación no precisa de mayores pruebas: aparece profusamente en los escritos de Eugenio, como más adelante se habrá de ver.

En cuanto a la segunda, encuentra su sostén en un hecho de frecuente comprobación por la psicología: muchas de las elaboraciones conceptuales que —lejos de convencer— siembran dudas o generan inquietud, alcanzan, en cambio, eficacia expresiva cuando se iluminan por una ejemplificación; las resistencias que suscitan muchas exposiciones, quedan fácilmente desarboladas cuando se ven a la luz de la limpieza de una ejecutoria. En nuestro caso, muchos que sonreirían ante un artículo sobre la *vocación política* o no escucharían sin escándalo una disertación que afirmase la existencia de una *caridad política*, si se les presenta —por el contrario— la peripecia personal de un Eugenio Vegas Latapie, no dejarán de ser arrastrados por el vigor de su personalidad.

Con estos presupuestos es posible acercarse a la vida y la obra de Eugenio Vegas seguros de no errar en su comprensión.

## II. La dignidad de la política

La primera preocupación de nuestro querido amigo se centraba precisamente en la vindicación de la dignidad de la política. En su mente, ésta, la verdadera política, se dirige «hacia el bien común, el de la "polis", el de la ciudad; hacia ese bien público que constituye la "suprema lex", en torno al cual gravitan todas las actividades sociales» (1).

Si con el correr del tiempo se ha llenado de desprestigio el término, si se ha desvirtuado hasta el punto de dar cumplimiento a la *ley* en que C. S. Lewis resumía la suerte de las palabras fa-

---

(1) Eugenio Vegas Latapie: «Importancia de la política», en el volumen *Puntos básicos para la acción de los seglares en el mundo*, Speiro, Madrid, 1967, pág. 55.

mosas, «pon un nombre a una cualidad y pronto ese vocablo designará un defecto», se debe a que ha triunfado el «arte de engañar a los pueblos» propugnado por D'Alambert sobre la «ciencia más noble y alta» y el «oficio más noble que existe en la tierra» cantados por Brunetto Latini (2).

Esta es la causa de que crezca el desprecio por la política, el *abstencionismo político*. Tras las ilusiones vienen las frustraciones y la conciencia de haber errado trae de la mano la abominación de la causa del yerro. Ya decía Goethe que contra nada somos tan severos como contra los errores abandonados. Es el escándalo de la política.

Cuando Eugenio Vegas comienza a preocuparse por la cosa pública es, en concreto, en función de la tristeza que le produce ver España ahogada por intereses, intrigas y corrupciones. Si da el paso al frente, si pronuncia el «*Ecce ego quia vocasti me*», es para que la política sirva a la conveniencia pública, la razón y el derecho.

Su diagnóstico no puede ser más exacto. La «causa del mal», por el que España agoniza desde que olvidó los verdaderos principios religiosos, sociales y políticos, es la ceguera de las clases directoras: hace dos siglos que «han venido abdicando lentamente sus funciones, con lo que dejaron a la multitud sin pastores ni maestros, en el mayor abandono y la más tremenda confusión» (3).

Tanto las que gobernaban la vida religiosa como las que regían la social y económica, despreciaron la política en el mismo momento en que el pueblo era proclamado sujeto de la soberanía. Cuando más apremiante era su presencia, dijo Maetz, los talentos jóvenes de las clases aristocráticas prefirieron los Consejos de Administración de las grandes compañías a las aulas modestas de Historia de España, de Derecho Político o a las corresponsalías

(2) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: «Abstencionismo político», en *Acción Española*, núm. 34 (1933); también recogido en el volumen *Escritos políticos*, Cultura Española, Madrid, 1940, págs. 71-2.

(3) Eugenio Vegas Latapie: «La causa del mal», en *Acción Española*, núm. 85 (1936); también en el volumen *Escritos políticos*, *op. cit.*, pág. 199.

de los periódicos (4). Y, poco a poco, «fueron ocupando todos los puestos desde los que se podía ejercer alguna influencia los enemigos de la Religión y la Patria» (5).

La consecuencia no por tan prevista fue menos dolorosa: la rápida extensión del error y el oscurecimiento de la verdad política.

En el centro mismo de su actividad está la pretensión de restaurar las bases de la política a su dignidad primigenia. Por eso construye su obra sobre la necesidad de una doctrina, pues no hay manera de sanear la cosa pública sin una doctrina («Faut d'une doctrine», dice ya con Maurice Barres en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Santander el 21 de febrero de 1930) (6), por eso insiste en la trascendencia de las ideas («gobiernan a los pueblos», dice con Fichte) (7), y de ahí también su entusiasmo por Charles Maurras y los escritores de *L'Action Française*.

Máa allá de sinuosos maquiavelismos, ve en la política, como el autor de la *Enquête*, no un mero «arte de lo posible», sino un auténtico «arte de hacer posible lo que es necesario» (8), pues hay campos en los que la prudencia política exige que la flexibilidad ceda ante la moralidad.

Es el único problema que se plantea, pero es el problema de los problemas: la verdad política, ¿Es posible? Lo que es necesario, ¿es realizable? Subrayo este hecho porque la dignidad de la política no se entiende sólo como un principio instrumental, sino asociado estrechamente a un contenido, a unas ideas salvadoras: «*Acción Española* nació y vivió sólo para exponer y propagar la existencia de una Verdad política; porque sabíamos de coro sus hombres que, cuando los gobernantes la ignoran, pagan

(4) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: *Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía y la Segunda República*, Planeta, Barcelona, 1983, págs. 136 y 139.

(5) Eugenio Vegas Latapie: «Abstencionismo político», *op. cit.*, pág. 75.

(6) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: *Memorias políticas...*, *op. cit.*, pág. 64.

(7) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: «Vox clamantis in deserto», en *Acción Española*, núm. 89 (Antología); también en el volumen *Escritos políticos*, *op. cit.*, pág. 233.

(8) Cfr. Charles Benoist: *Cánovas del Castillo. La Restauration rénovatrice*, Plon, París, 1930, pág. 1.

los pueblos esta ignorancia al duro precio de trocar la paz interior en permanente y crónica anarquía» (9).

### III. Importancia de la política

En segundo término, y muy ligada a la dignidad de la política, resalta su importancia. Importancia que tiene su origen en el hecho de que *lo social* no procede solamente de la extravasación de lo individual, de tal suerte que la diferencia entre el orden individual y el social es, como sentenció Santo Tomás de Aquino (10), de «carácter formal». No basta, por tanto, decir que la sociedad sería cristiana si los individuos que la componen fuesen verdaderos cristianos. Lo que habría que probar —y esto sería más difícil— es que pueda haber verdaderos cristianos en gran número en un país en que los niños reciben una educación sin Dios, la prensa es mala o las instituciones favorecen la inmoralidad.

No son hombres probos e inteligentes los que faltan. En Francia, en Portugal, en España, en los países americanos, al lado de políticos corrompidos «los ha habido de la misma talla y facultades que los que durante siglos dieron al mundo orden y reposo y a los pueblos un bienestar hoy en día desconocido». Pero las instituciones que hoy los rigen, «cuando no corrompen a los hombres, esterilizan sus esfuerzos» (11).

Hay en el fondo un problema de proporción que agosta los intentos apostólicos y educativos más nobles: las conversiones individuales, preciosas, difícilmente compensan las apostasías que se producen en un ambiente social paganizado. Eugenio, lo resumía con una frase brillante de madame Swetchine: «Dios pesca

---

(9) Eugenio Vegas Latapie: «Vox clamantis in deserto», *op. cit.*, página 229.

(10) Santo Tomás de Aquino: *S. Th.*, II-II<sup>o</sup>, q. LVIII, a. 7.

(11) Eugenio Vegas Latapie: «Doctrina y acción», en *Acción Española*, núm. 29 (1933); también en el volumen *Escritos políticos*, *op. cit.*, pág. 38.

con caña mientras que el diablo pesca con red» (12). Cañas y red, apóstoles e instituciones, conquista del Estado y catequesis, de su comparación se nutre el pensamiento político del fundador de *Acción Española*.

Y es precisamente la meditación de la importancia de la política la que le lleva a consagrarse a Dios en ella, a descubrir su vocación. Ha contado cómo, meditando sobre el campo en que podría contribuir de manera más eficaz a la gloria de Dios, tras leer el libro de Nocedal sobre *El mal menor*, sus dudas se desvanecieron: «Al terminar aquel libro, no dudaba ya que lo más necesario sería dar a conocer las verdaderas doctrinas políticas y sociales, puesto que la prensa de izquierdas difundía a diario el error, con los más poderosos medios» (13).

También aquí Charles Maurras influyó en su decisión, ya que, aunque sin planteárselo claramente, había llegado a sentir de manera intuitiva la exigencia impuesta por el intelectual francés, al pedir *politique d'abord* (antes que nada, política). Así lo explica: «Gran lógico, Maurras, no pudo afirmar que la política fuese lo más importante, sino que, de acuerdo con el razonamiento escolástico de que lo primero en la intención es lo último en la ejecución, para conseguir un resultado feliz, que es lo decisivo, debe comenzarse por la política, que es lo inmediato» (14). No se trata de *primacía*, sino de *prioridad*, no es una superioridad ontológica sino cronológica la que viene a afirmarse.

Otra convicción —firmemente arraigada en él desde que tenía quince años, según escribió (15)— hubo de influir, de seguro, en su decisión. Es la proposición —que consideraba axiomática—

(12) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: «Abstencionismo político», *op. cit.*, pág. 78.

(13) Eugenio Vegas Latapie: *Memorias políticas...*, *op. cit.*, pág. 20.

(14) Eugenio Vegas Latapie: *Ibid.*, pág. 20. Sin citar a Maurras, fue un lugar común en sus escritos de la época republicana. Cfr. a título de ejemplo, *Escritos políticos*, *op. cit.*, pág. 77-8.

(15) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: *Ibid.*, pág. 60. Su argumentación se halla desarrollada en el ensayo «Importancia de la política», *op. cit.*, páginas 58-61.

del *Eclesiastés*, después recordada por Pío X en una ocasión solemne, de que «los pueblos son lo que quieren sus gobernantes». Esta expresión, antitética de la muy divulgada que cree que «los pueblos tienen los gobernantes que se merecen», tan favorecedora esta última de la inacción y del *dolce far niente*, es un acicate para trabajar en la esfera política, al inclinar a quienes la profesan a la no aceptación resignada e indolente de todo mal gobernante.

Las palabras sustanciosas de Pedro Mártir de Anglería —«Juega el rey; todos somos tahúres. Estudia la reina; todos somos estudiantes»—; la prueba histórica de la radical metamorfosis operada entre la corrompida Castilla de Enrique IV y la lozanía y prestancia virtuosas de los tiempos de la Reina Católica, que todos sus amigos le hemos oído en más de una ocasión (16); o el panegírico de su siempre admirado García Moreno (17); hubieron de acudir en apoyo de su decisión. Y es que es hecho probado que los gobernantes pueden influir decisivamente sobre los pueblos, tanto para bien como para mal, y que esta influencia, benéfica o perjudicial, está en relación con la extensión y duración de sus poderes.

#### IV. La política, un deber

Si la política se caracteriza por su intrínseca dignidad y por la importancia de su repercusión en el conjunto de la sociedad, fácilmente se deduce lo inaceptable de una actitud estética —conducente y alimentadora de abstencionismos— ante el problema del devenir histórico, y con igual sencillez se abre camino la idea de que el cuidado de la comunidad y el sacrificio por el bien común constituyen obligaciones que, aunque gravosas desde una consideración personal, desde una visión más amplia y generosa es dado

(16) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: «Importancia de la política», *op. cit.*, págs. 58-9.

(17) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: «Religión», en el volumen *Escritos políticos*, Círculo, Zaragoza, 1959, tomo I, págs. 21-23.



a veces exigir: «Porque no vale que uno quiera desentenderse de la política; la política le sigue y le acucia. Es la política la que impone condiciones de trabajo que llevan al comercio y a la industria camino de la ruina; es la política la que lleva la anarquía al campo; es la política la que introduce la desunión en el hogar y la que socava su fundamento religioso» (18). Es la política; pero la política ajena; la de los que no podrían triunfar si acertáramos a oponer «con la intensidad necesaria y la constancia debida» *nuestra política* (19).

Sin embargo, lo anterior es susceptible de matización. Ese deber de intervenir en política —que corresponde a la vital necesidad que tienen los pueblos de ser gobernados— no es maximalista ni desconoce la distinción. «Se presenta con distintos caracteres y con diferente grado de responsabilidad a las gentes que sólo tratan de llenar sus deberes mínimos de ciudadanía, que a aquellas otras que aspiran a dirigir esas masas de ciudadanos y a alcanzar los escalones más altos de la jerarquía política» (20).

Si el deber de los primeros concluye con la adquisición de una cultura política mínima que les permita discernir fundamentalmente lo bueno de lo malo —y obrar en consecuencia a la hora de emitir el sufragio—, mucho más graves son las obligaciones que se imponen a quienes voluntariamente pretenden los altos cargos de la gobernación del Estado. Ante todo, y lo recordaba muchas veces después, con el correr de los años, «han de percatarse de que la política no debe tener por finalidad constituir una carrera, ni un medio de asegurar el bienestar personal y familiar del gobernante»; pero también deben «ser realmente competentes en alguna de las diversas y arduas disciplinas que integran la ciencia de la política» (21).

---

(18) Eugenio Vegas Latapie: «Abstencionismo político», *op. cit.*, página 72.

(19) Eugenio Vegas Latapie: *Ibid.*, pág. 73.

(20) Eugenio Vegas Latapie: «La política como deber», en *Acción Española*, núm. 40 (1933); también en el volumen *Escritos políticos*, *op. cit.*, pág. 136.

(21) Eugenio Vegas Latapie: *Ibid.*, págs. 136-142.

Al lado de la abnegación y la voluntad inflexible a las dádivas y a las influencias familiares y amistosas sitúa destacadamente la preparación y la competencia. Porque en asuntos tan serios no basta la buena intención.

Estas son las tesis de su célebre trabajo «La política como deber», publicado en el número 40 (1933) de *Acción Española*, y que dio lugar a otro posterior de igual título, escrito a requerimiento expreso del entonces obispo de Tenerife, fray Albino Menéndez Raigada, que temía ver en las tesis de Eugenio una peligrosa tendencia anarquista.

Desde ese ángulo de mira, la participación en la vida política puede ser un deber moral. E incluso cabe precisar más, señalando su inclusión dentro de los *deberes de Estado*, porque por Estado somos miembros de la comunidad. Y pudiéndose apuntar en el mismo un desdoblamiento que le otorga cierto carácter mixto, pues se distinguen una componente ciudadana (deber de ciudadanía) y una componente religiosa (deber de caridad). García Escudero, en un artículo contradictorio, lo ha destacado: «Si en alguna persona se ha hecho carne la expresión *politique d'abord* fue en él, pero con la particularidad de vivir la política con una entrega absolutamente religiosa» (22).

Así ha venido a considerarse en cierto número de ocasiones por los Pontífices, en concreto por Pío XI, que llegó a hablar de *caridad política*, pues el dominio de la política, al mirar los intereses de la sociedad, es bajo este aspecto el campo de la más vasta caridad, de la que podemos decir que ninguna otra le supera, salvo la de la religión (23).

Pero lo anterior no quedó en simples proclamaciones teóricas. Lo vivió con pasión. Como ha señalado García Valdecasas, la vida política para él estaba inspirada por una doctrina y al mismo tiem-

(22) José María García Escudero: «Eugenio Vegas o la fidelidad», en *YA* de 24 de septiembre de 1985.

(23) Puede verse sobre esta cuestión un amplio desarrollo en Miguel Ayuso: «La política como deber: sentido y misión de la caridad política», en el volumen *Los católicos y la acción política*, Speiro, Madrid, 1982, páginas 351-387.

po por un sentimiento del deber: «la política no fue nunca para Eugenio Vegas una carrera política, sino el ejercicio de un deber que cumplió abnegada y generosamente» (24). No se puede decir en menos palabras.

## V. Eugenio Vegas y la vocación política

Cuando en la anterior consideración —incluso en el magisterio pontificio— se dice que la política es un deber, el punto de vista está situado en la necesidad de la política, contemplada abstractamente.

Si en un segundo momento intentamos bajar a lo concreto la especulación —abstracta— de lo necesario del deber de hacer política, arribamos de modo ineludible a las playas de la vocación.

Cuando algo se muestra revestido de los caracteres de necesidad, Dios tiene lógicamente que proveer, aunque con variantes según sus designios a través de la historia, la correspondencia de los hombres. Y una de las provisiones tiene que ser, sin duda, la creación en sus almas del destello de la vocación —en este caso de la vocación política a la que me estoy refiriendo—, más o menos visible, más o menos intensa, más o menos correspondida.

Por eso —permítaseme corregir levemente al maestro— prefiero hablar de *vocación* política que del *deber* de hacer política. Así lo hice notar en una de las últimas ocasiones que estuve con él (con motivo de un libro que tengo ultimado exactamente sobre ese tema y que él benévolamente animaba), acogiendo finalmente con favor mi precisión.

La vocación viene a ser como la versión divina, cálidamente divina y amorosa, del frío deber racional. Es el deber personalizado. Por eso, el deber de servicio a la comunidad ve transmutada su naturaleza cuando es Dios quien llama a ese servicio.

En su juventud, Eugenio descubrió su vocación. Ha contado

---

(24) Alfonso García Valdecasas: «Sobre Eugenio Vegas», en *ABC* de 20 de septiembre de 1985.

que, tras asistir a un curso de conferencias del padre Román Jambrina, y debido al inesperado efecto que en su ánimo produjo la tal predicación, comenzó la práctica diaria de la meditación. Todos los días consideraba el mismo punto: «la pureza de intención, siguiendo las palabras de San Pablo: "Si comiereis, si bebiereis, si hicieréis cualquier cosa, hacedlo en memoria de Cristo"» (25). Procuraba, además, conjugarlas con la famosa consigna, *Ad maiorem Dei gloriam*, propuesta por San Ignacio de Loyola a sus seguidores.

Es claro, pues, que para Eugenio Vegas, de acuerdo con el entendimiento cristiano del término, la *vocación* trasciende el reduccionismo de la inclinación natural para alcanzar el discernimiento de la llamada personal y singular de Dios por la que da al hombre una misión concreta o le ofrece un proyecto de vida.

Su dedicación a la política queda lejos del *hobby* o entretenimiento profanadores, sino que constituye auténtica consagración. El paso de los unos a la otra representa un salto del «por» al «con». Quien usa de la política como divertimento, o como trampolín de intereses egoístas, tiene una dedicación «por» gusto. Quienes ejercen —y era el caso de Eugenio— una vocación libremente escogida en el servicio de Dios, realizan sus tareas «con» gusto, pero «por» Dios. De los dos modos de enfrentarse con una realidad política, hacer ante ella entrega vocacional o buscar la solución de la circunstancia como accidente, que Gabriel Elorriaga ha bautizado respectivamente *política como misión* y *política como aventura* (26), Eugenio Vegas se quedó con la primera. Y logró la mayor de las bienaventuranzas de este mundo: conoció el plan de Dios sobre su vida y la trascendencia al resto de la creación. Como Don Quijote podría haber dicho: «Yo sé quien soy yo». Conozco lo que Dios me pide, he descubierto el sentido de la vida.

Profundizar en qué consiste este tipo especial de vocación, estudiar sus caracteres, describir sus especificidades, es tarea que

(25) Eugenio Vegas Latapie: *Memorias políticas...*, op. cit., pág. 20.

(26) Cfr. Gabriel Elorriaga: *Ensayo sobre la vocación política*, Jornal, Madrid, 1958, pág. 51.

excede de lo que buscan estas páginas. El curioso lector puede acudir al próximo número de VERBO en que, Dios mediante, saldrá un adelanto del libro a que antes he aludido, bajo la rúbrica «Los católicos y la vocación política». Sí quiero, en cambio, y aunque sea fragmentariamente, hacer referencia a algunos datos significativos a la hora de acreditar la vocación a que Eugenio Vegas se ofreció en cuerpo y alma. Me referiré tan sólo a su afición a la historia, al papel de las relaciones sociales en su biografía y a su preocupación por la educación.

\* \* \*

Eugenio sentía gran pasión por la Historia. Sus primeras armas oratorias las hizo en temas de trasfondo histórico: «La democracia en el pensamiento de fray Fernando de Zeballos» (27); «El general Boulanger» (28), etc.; su libro *Catolicismo y República* (29), espléndida muestra de la pretensión política que suele subyacer a todo relato histórico, es una historia del *ralliement* de los católicos franceses a la República en tiempos de León XIII; en su biblioteca, que ha podido calificarse de oceánica, los libros de historia forman uno de los contingentes más nutridos.

Si bien en el prólogo de sus *Memorias* hizo una afirmación escéptica sobre las enseñanzas de la Historia —«no me cansaré de proclamar mi falta de fe en la eficacia directa de las enseñanzas de la historia» (30)—, no dejaba de estudiarla concienzudamente, hasta el punto de ser uno de los mejores conocedores de la contemporánea y, en especial, de la francesa. A pesar de esas frases un tanto amargas, convencido como estaba de que los seísmos políticos suelen traer causa de movimientos ideológicos anteriores —*El crepúsculo de una Monarquía*: «la culpa es de Voltaire»,

(27) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: *Memorias políticas...*, cit., pág. 90.

(28) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: *Ibid.*, págs. 64-5.

(29) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: *Catolicismo y República*, Gráficas Universal, Madrid, 1932.

(30) Eugenio Vegas Latapie: *Memorias políticas...*, op. cit., pág. 15.

opinaba con el título de Louis Madelin (31)—, se aplicaba por lo mismo a seguirla con minuciosidad. Pero el cultivo de la historia sirvió a su posición política, sin nunca suplantarla o constituir una evasión del fragor de la batalla.

\* \* \*

En cuanto a las relaciones sociales, admira ver su peso en la biografía de Eugenio Vegas. Cómo un muchacho provinciano, sin conocimientos en Madrid, y ajeno a los mundos de la aristocracia y la literatura, pudo llegar a movilizar a tan ilustres personajes como los que constituyen la nómina completa de *Acción Española*, y cómo pudo allegar tales adhesiones, es un arcano cuya clave sólo poseen quienes han tenido la fortuna de tratarle. Entre los que, y doy gracias a Dios por ello, me cuento. Tras conocerle, lo que parecía lenguaje cifrado pasa a ser de fácil lectura, los misterios cesan en su encantamiento: una personalidad así de fuerte, una lucidez así de señalada, una fe así de viva le daban autoridad y fuerza que nadie negaba porque se sabía que nada de lo que pedía era para él.

Por sus *Memorias* desfilan los hombres más significativos de la derecha —milicia, aristocracia de la sangre y letras— española. Y es que Eugenio comprendía que los políticos tienen que someterse al sacrificio de unas relaciones sociales intensas, porque así lo exige la naturaleza misma de la actividad. No se puede meter, de la noche a la mañana, en una comprometida aventura común, a gentes que no se han tratado previamente.

Ese «tomar café» con mucha gente, esa profusión de banquetes que destaca entre sus recuerdos —y que ha podido dar lugar a algún comentario malicioso—, son actividades puramente políticas. No son las fiestas de un *bon vivant*, sino los instrumentos de trabajo de un político consciente y competente.

\* \* \*

---

(31) Cfr. Louis Madelin: «La culpa es de Voltaire», en *Acción Española*, núm. 86; también reproducido en *VERBO*, núm. 159-160 (1977), con nota introductoria de Eugenio Vegas Latapie.

Por fin, en lo que hace a su preocupación por la formación de dirigentes —y no sólo de dirigidos, según quería el padre Pérez del Pulgar, pues, como le objetó nuestro amigo, ¿no sería mucho más interesante formar seis u ocho padres Pérez del Pulgar, para que éstos, a su vez, formen muchísimos dirigidos? (32)—, puede rastrearse en dos hechos: el interés por los Colegios Mayores y la educación del príncipe don Juan Carlos.

Los Colegios Mayores están concebidos, igual que sus antecedentes los Colegios y Escuelas de Nobles, para añadir a la formación técnica de la Universidad una formación complementaria que haga de cada titulado un mando natural de la sociedad. Eugenio Vegas valoró sutilmente esa función, y ha narrado que la visita a la Residencia de Estudiantes de la calle del Pinar —regentada indirectamente por la Institución Libre de Enseñanza— le causó honda impresión. Más allá de la educación laicista que impartía, comprendió que, *in genere*, era un «instrumento de primera calidad para la formación de estudiantes». Confesando seguidamente que concibió de inmediato el sueño —un sueño irrealizable que le duró varios lustros— «de ser el director de una residencia universitaria, parecida, desde la que se pudiera orientar y dirigir la formación política, religiosa e intelectual de los estudiantes» (33).

Tal sueño, en sus palabras, es altamente revelador de la pureza de su dedicación a la política, así como de una visión nada simplista y muy aguda de la estructura de la sociedad y el papel de la enseñanza superior. Una de las más altas y nobles metas de ésta —y punto de partida inevitable para la estructuración de la sociedad— es la formación de dirigentes. Porque un elevado nivel cultural proporciona a la sociedad dirigentes en cantidad suficiente y dirigidos que no son mesnadas sino colaboradores. La mala educación de los ciudadanos, en cambio, es inseparable de la penuria de buenos dirigentes, y ésta, del estatismo.

---

(32) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: *Memorias políticas...*, *op. cit.*, página 101.

(33) Eugenio Vegas Latapie: *Ibid.*, pág. 73.

Con una incapacidad o deserción en masa de la gerencia del bien común, con un número exiguo de dirigentes, sólo se puede configurar una sociedad avasallada por el Estado. Por el contrario, la fórmula de la tradición política española, en la que la sociedad predomina sobre el Estado, haciendo éste poco más que coordinar y suplir la libre y espontánea dinámica de aquélla, es la más cara en dirigentes políticos.

Cuando se trata de la educación de las personas llamadas a ocupar las más altas magistraturas, el valor de lo dicho crece hasta desbordarlo. ¿Quién que se preocupe por el futuro de su patria no le prestará atención?

En otros tiempos menos indigentes que el nuestro, hasta floreció un género de obras destinado a tal labor. España conoció *espejos de príncipes* y *príncipes cristianos* en abundancia, eslabones todos de la gran cadena del antimaquiavelismo.

Eugenio Vegas se encontró, sin buscarla, ante esa situación. ¿La habría, alguna vez, siquiera soñado? Y una sucesión de ideas, casi imágenes, pasarían por su mente. «Si consigo ganar un rey —repetía citando a San Alfonso María de Ligorio— habré hecho más para la causa de Dios, que si hubiere predicado en centenares y millares de misiones». «Pero estoy cierto, Señora —pensaría en San Juan Eudes dirigiéndose a la reina Ana de Austria—, que si Vuestra Majestad quisiera emplear el poder que Dios le ha concedido, podríais hacer más Vos sola... para el establecimiento del reino de Cristo, que todos los misioneros y predicadores juntos» (34).

La prolongación de su vida en el extranjero, separado del afecto de sus familiares y amigos, es una dura renuncia, sí. Pero que se hace pequeña ante la perspectiva de dar forma a un alma. Todos los intereses personales y deberes familiares «inhumanamente postergados» —lo reconoce quien le da el alto encargo—, no son suficientes para equilibrar la balanza. Asiente, y su carta de aceptación es de las que bastan para retratar a un hombre.

---

(34) Cfr. Eugenio Vegas Latapie: «Importancia de la política», *op. cit.*, pág. 60.



Y para abrirle las puertas de la historia. La propuesta que me han hecho, escribe al Conde de Barcelona, «ha venido a introducir la confusión en los sueños y proyectos que tanto me halagaban, al ofrecerme una misión tan honrosa como grave, que dado mi modo de pensar, se me presenta como irrenunciable». «No me atrevo a incurrir en la responsabilidad de rehusarlo, por miedo a los remordimientos de conciencia que inexorablemente me devorarían, por confortable que fuera mi posición personal, si mi queridísimo príncipe, dentro de unos años, no respondiera a lo que la Causa de la Religión y de España esperan y necesitan de él —cosa que pido a Dios no permita en ningún caso—, y yo me hubiera negado a colaborar en su formación por móviles lícitos, pero de un menor rango espiritual» (35).

Como repetía sin cesar en los últimos años, su petición no fue escuchada..., pero su conciencia podía estar tranquila. Por un lado, a su egregio e infantil alumno, habida cuenta su corta edad, «no podía iniciarlo en los más elementales principios del Derecho Público Cristiano», cuya defensa y difusión constituyeron su vocación desde la primera juventud (36). Por el otro, nunca abandonó su puesto de servicio. Fueron otras las personas que quisieron evitar a un preceptor inquebrantable: «Si alguien se atreviera a decir a V. A. —escribe a don Juanito en su carta de despedida— que le he abandonado, sepa que no es verdad. No han querido que yo siguiera a su lado ...» (37).

\* \* \*

Para terminar, no quiero dejar de comentar algo que se ha escrito con motivo de su muerte y que, dentro de su inexactitud, desvela uno de los grandes temas de la espiritualidad del político. La perla es de José María García Escudero: «Era inevitable —ha escrito como colofón de una semblanza— su soledad final, que

(35) Cfr. Juan Antonio Pérez Mateos: *Juan Carlos. La infancia desconocida de un Rey*, Planeta, Barcelona, 1980, págs. 150-1.

(36) Cfr. Juan Antonio Pérez Mateos: *Ibid.*, pág. 64.

(37) Cfr. Juan Antonio Pérez Mateos: *Ibid.*, pág. 208.

sobrellevó con la dignidad de un viejo castillo que se desmorona» (38).

Es importante, porque pone de manifiesto que la soledad es uno de los quicios en los que se sostiene la vocación política. Y es inexacto, porque mezcla una cierta e inefable soledad —inevitable, además, en un político viejo— con los desvíos y traiciones de los que estaban prestos a olvidar creencias y fidelidades por una Embajada o un consejo de administración.

Eugenio conoció en su vida ambas «soledades». En la vejez experimentó la decadencia de sus facultades y la restricción de su actividad. Como consecuencia lógica las relaciones sociales decrecieron lentamente, y sutilmente también fue apareciendo la soledad. Instalado ya en ella, no se dejó arrastrar por reacciones tristes, alicortas y estériles. Verdaderamente idealista, alcanzó la única interpretación consoladora. El político católico es combatiente —¡qué gran satisfacción interior da el experimentarlo!—, y así como en los combates militares está prohibido abandonar el propio puesto para ayudar al compañero herido, en la lucha política, los que pueden seguir luchando deben dedicar a ello el grueso de su tiempo. En estas circunstancias, que sus amigos redujeran las atenciones para con él, en favor de la mayor dedicación a la lucha en la que les precedió en su plenitud, dice mucho en favor de la generosidad y espíritu de sacrificio de sus amigos. Y, en definitiva, dice mucho en su favor, pues a las personas se las conoce por sus amigos.

Pero, ¡ay!, también conoció —y abundantemente— el abandono de los que pasaron por su lado y, despreciando el ascetismo de su combate, emigraron a suelos políticos más convenientes a los ojos del mundo. La desbandada de los tibios pudo permitirle comprender como nunca los sufrimientos del Corazón de Jesús en el huerto de Getsemaní. Discípulo fiel, participó de la *pasión* del Maestro.

En cualquier caso, si García Escudero —con sus palabras—

---

(38) José María García Escudero: «Eugenio Vegas o la fidelidad»: *loc. citatus*.

quiere dar a entender que, mientras otros muchos entre los que figura supieron mudar a tiempo el nombre agresivo de *revolución* por el amoroso y receptivo de *mundo moderno*, Eugenio, poco menos que fosilizado y solo, permaneció en una posición indefendible, entonces, he de decirle que muchos quisieran para sí una tal soledad. Y que nunca le faltaron discípulos, y cada vez más jóvenes, amigos en el mejor sentido de la amistad: *la amistad en la verdad*.

## VI. Conclusión

Si puede hablarse en su sentido más purísimo de vocación —consagración— política, y estoy convencido de ello como ya he dicho, es Eugenio Vegas uno de los ejemplos más salientes, al tiempo que su vida aparece como una muestra incomparable de los distintos puertos a que lleva la política. Alentó la lucha contra la República sin encontrar el reconocimiento del movimiento desencadenado, luchó por la monarquía sin gustar de las mieles de la recompensa —ser monárquico no es lo mismo que ser amigo del rey, se había repetido muchas veces en *La Epoca* (39)—. No conoció, ni antes ni ahora, el oportunismo, ni anduvo por las sendas de la adulación. Permaneció solo con sus libros, con sus ideas... y con quien quisiera escucharle. «Entre los muertos vivo», cual Menéndez Pelayo, hoy, a su muerte, apenas se pueden esperar homenajes. Católico a machamartillo, pero enemigo de los adhesionismos de los demócrata-cristianos, impulsor del Alzamiento, pero crítico del franquismo; novio de la monarquía, pero debedor de la democracia. Sólo sus amigos, el equipo de VERBO principalmente, combatientes del Derecho Público Cristiano, le han acompañado en el camino estrecho y empinado.

«Nos beatificamus eos qui sustinerunt». Eugenio, ciertamente, fue un ejemplo viviente de fidelidad. Fidelidad que religiosamente

---

(39) Cfr. los editoriales de *La Epoca* en el libro de José Ignacio Escobar, Jorge Vigón y Eugenio Vegas: *Escritos sobre la instauración monárquica*, Rialp, Madrid, 1955.

es tanto lealtad como perseverancia. Se ha dicho como factor común en cuantas semblanzas se han publicado con motivo de su muerte.

Lo que no se ha subrayado adecuadamente, en cambio, es la asociación de esa fidelidad a la Verdad. Quizá porque muchos de los que le han exaltado —con un recuerdo que les honra— han dejado de creer, o al menos obran como si no creyeran, en ella.

Eugenio no fue un petrificado defensor de ingeniosas teorías ni un doctrinario de variados errores. Su pasión fue la Verdad, y su servicio en la política un oficio del alma. Oscurecerlo es presentar a Eugenio Vegas desprovisto de toda su grandeza. Porque su fidelidad lo fue a lo que no pasa, a lo que permanece, a lo que no defrauda. A Cristo, en cuyo seno descansa.